

MÁS ALLÁ DE LA PALABRA Y EL OBJETO: DESLIZAMIENTOS E HIBRIDACIONES ACCIONISTAS

El arte de acción o performance ha sido, y aún es, una de las prácticas artísticas más heterogénea y amplia y su evolución se ha efectuado en múltiples direcciones, invadiendo otros territorios artísticos, con los que se ha fusionado e hibridado como: la poesía, las instalaciones y el mundo del objeto, la fotografía, el vídeo, determinado tipo de teatro, o el sonido y/o música, entre otros. Todo ello ha permitido que el espíritu de la performance y su influencia, lo que podemos llamar lo performático o performativo, siga no sólo vigente sino que se haya expandido hacia esas otras áreas artísticas imprimiendo un carácter mucho más corporal, experiencial, sensorial y perceptivo a esos nuevos campos invadidos. Permitiendo que obras materiales, tangibles o bien duraderas se hayan desplazado hacia las zonas de la creación de situaciones y experiencias estéticas y se transformen y flexibilicen.

En Andalucía, debido a nuestro especial contexto sociocultural, en el cual las tradiciones escultóricas y pictóricas se han encontrado muy arraigadas, los nuevos y actuales desarrollos del arte accionista y experiencial se han llevado a cabo con mucho mayor esfuerzo y menores resultados que en otros puntos de nuestra geografía peninsular, aunque en este sur nuestro hayan podido verse ejemplos claros de prácticas artísticas en consonancia con estos planteamientos. Pero es en la actualidad cuando algunos artistas de las últimas generaciones están haciendo uso de estas prácticas y explorando en las estelas dejadas por creadores precedentes, pero trazando personales caminos experimentales.

Creo que en esta senda y ámbito es en el que podemos ubicar el nuevo trabajo performático del artista Javier Flores. El nos presenta un trabajo muy interesante, desarrollado, por un lado, claramente dentro del ámbito de la performance, y en las zonas más mestizas o deslizadas hacia el territorio del objeto y las instalaciones. Por otro, se sitúa dentro del hilo conductor conceptual y estético por el que han venido incardinándose sus obras anteriores, aunque ahora efectúa un gran salto hacia delante, explorando nuevos caminos.

Efectivamente, esta nueva obra que presenta en la Galería Arte 21 tiene ciertas concomitancias con otros de sus trabajos objetuales e instalaciones. Por un lado, con aquellos en los cuales el libro es evocado, mediante objetos construidos como una suerte de expositores de posters de pequeño tamaño, conteniendo imágenes dispuestas como hojas que han de pasarse, es el caso de las piezas denominadas *La infancia o el paraíso perdido* y *Hombre y espacio. Cuaderno*. Por otro, con aquellas obras en las que están presentes la idea de juego, de transformación, de contener algo que va más allá del estatismo que se nos puede aparecer a primera vista, objetos que guardan sorpresas en su interior, como la instalación *La memoria*, en la que la apertura de cajones de un mueble nos hace descubrir secretos guardados en la memoria, o en la titulada *Jugando a buscar el centro*, obra en la cual el laberinto y una bola de acero que ha de ser ubicada en el centro nos recuerda a parecidos juegos de mesa de nuestra infancia familiar. Y, por último, la experiencia del espacio, como lugar para entrar, estar, experimentar y reflexionar acerca de la propia existencia, en obras como la instalación *El mundo de las sombras*, muy en consonancia con obras precedentes como la instalación de 1986, denominada *Espacio-de-dolor*, del artista alemán Joseph Beuys

Javier Flores se centra ahora en ese territorio mestizo del texto, el objeto, la performance y la instalación, realizando un trabajo que podría ser definido como una acción de la poesía y del objeto, en línea y conexión, pero desde ópticas muy personales y actuales, con creadores precedentes como podría ser la española, residente en París, Esther Ferrer. Una obra que se traslada del objeto a la acción y de esta a la instalación de forma muy contundente y precisa y a la vez con sutileza, emitiendo una gran fuerza plástica y una energía creativa que carga de variados significados en torno al lenguaje y la creación.

Con esta pieza, en la que por primera vez el artista se ubica en el amplio territorio de lo performático, consigue una solidez artística a la vez que una gran coherencia tanto en cuanto a su evolución en el ámbito de las instalaciones, en el que se mueve como pez en el agua, como su interrelación con territorio del cuerpo y su accionar en el espacio y el tiempo y con el lenguaje, su construcción, deconstrucción y reconstrucción. En esta nueva obra acentúa mucho más los ámbitos experienciales, el proceso de trabajo, los vaivenes y deslizamientos del un área creativa a otra y las hibridaciones disciplinares del trabajo, imprimiendo además un tono poético, todo ello embebido en un cierto sesgo conceptual.

La casa, el lenguaje, la existencia, el cuerpo como ingredientes. Como el propio artista dirá “el escritor, como es artista, habita el lenguaje, lenguaje escrito, lenguaje plástico, y en ambos casos lenguaje poético. Persistente, el creador fábulas con el lenguaje, habitamos tanto en las palabras que designan, como en los atributos de la imagen”. A cuyas aseveraciones de corte claramente conceptual pero también de raigambre en la poesía de acción y en la visual, habría que añadir el punto del que parte J. Flores para realizar su performance, que es la idea de Heidegger de “la casa del ser...es el lenguaje”. En base a estas premisas y conceptos ha desarrollado su performance. Una acción que parte de un objeto, el cual es intervenido, destruido, en el propio transcurso de la misma, para hacer uso de sus elementos y construir una instalación.

La acción consiste en un objeto, una casa de tamaño reducido, a escala del cuerpo humano, ubicada en medio del espacio de la galería. Una casa construida con letras diferentes de madera de pino, de tal forma que sus paredes y techo evocan los huecos y traslucos de las celosías, tan de la cultura andalusí. En ella penetra el performer, el propio artista, para desde ese espacio íntimo y reducido, destruirla, poco a poco, despegando y tirando al suelo las letras, para después ir instalándolas sobre las paredes del espacio galerístico, construyendo varios párrafos de texto: “sobre la ausencia blanca del soporte neutro antes del trabajo, términos entendibles tanto por el artista como por el poeta, las tachaduras para el sufrimiento, los borrones en el olvido....”, concluyendo con las palabras “el lenguaje es la casa del ser”.

Nos encontramos pues con una performance de connotaciones múltiples, en la que habría que recalcar su acento poético, pero también, como hemos mencionado, su raíz conceptual heredera del primer conceptualismo y de algunos trabajos de Joseph Kosuth como “Una y tres sillas” de 1965, en el cual la silla es definida, y la definición textual del diccionario expuesta, el objeto silla y la imagen fotográfica de la silla también exhibidos al mismo tiempo y nivel. Aquí, desde discursos absolutamente personales, J. Flores recoge todo ese espíritu e influencias y lo absorbe y condensa en una obra absolutamente eficaz y contundente, en la cual el objeto, la performance y la instalación están directamente relacionados, constituyéndose en un todo. A la vez que la estrategia de deconstrucción del lenguaje preexistente, ligado a un objeto signifiante, es empleada para reconstruir últimos significados que necesitan del espacio para sus existencia y soporte. Instalar palabras que significan pero que también palabras físicas, que se ubican en una acción corporal en ese lugar. Hablar, escribir, desde la mente, pero también desde el cuerpo. Hablar, escribir en corporal, como ya vislumbraron las semióticas francesas Julia Kristeva o Hélène Cixous, y tantos otros artistas se han empeñado posteriormente.

Margarita Aizpuru